

FRANCISCO DE QUEVEDO, *Anacreón castellano*. Edición crítica y anotada de Elena GALLEGRO MOYA y J. David CASTRO DE CASTRO (Anexo 11 de la revista *Janus*), A Coruña, SIELAE, 2018, 561 páginas ISBN: 978-84-09-07700-7. Disponible en <https://www.janusdigital.es/anexo.htm?id=15> (fecha de consulta 28.07.2020)

PEDRO REDONDO REYES

Universidad de Murcia (España)

ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-5426-3848>

[predondo@um.es](mailto:predondo@um.es)

DOI: <https://doi.org/10.24197/mrfc.33.2020.307-311>

La obra más filológica de Francisco de Quevedo viene recibiendo una creciente atención por parte de los estudiosos dedicados a la historia del Humanismo en nuestro país. El Seminario Interdisciplinar para el Estudio de la Literatura Áurea Española (SIELAE) es un excelente ejemplo de este interés, con la edición cuidada, en los Anexos de la revista *Janus* (2018), de las obras de este escritor *España defendida* y *Lágrimas de Jeremías castellanas*, así como *Anacreón castellano*, trabajos todos ellos resultado del mismo Proyecto de Investigación. El volumen que aquí reseñamos, *Anacreón castellano* (obra que data de 1609, cuya última edición era la de J. M. Blecua, de 1981)<sup>1</sup> es una muestra excelente del Quevedo más humanista y de su acercamiento a la literatura griega antigua, al tiempo que un trabajo que cumple, desde el punto de vista de la filología, con todas las exigencias propias de una edición minuciosa: una historia del contexto de la obra y de su recepción, una pormenorizada descripción de los manuscritos y sus relaciones, y una edición del texto quevedesco con aparato crítico. El Quevedo humanista entra así en diálogo con los humanistas de hoy, equipados con una técnica de edición y una erudición con la que ofrecer de manera solvente un texto al público lector.

La edición viene encabezada por una sección titulada “Al lector” (pp. 11-14) que manifiesta la génesis del trabajo, sus límites metodológicos y la intención de los autores. En esas páginas los editores enmarcan su labor en el Proyecto de Investigación alentado por la profesora Francisca Moya, de la Universidad de Murcia, que hecho posible la edición tanto del *Anacreón castellano* como de las obras de Quevedo antes mencionadas. En concreto, para la edición que reseñamos los editores señalan que su objetivo es “ofrecer ediciones en las que los textos clásicos estuviesen localizados y rigurosamente cuidados, y en las que estuviesen

---

<sup>1</sup> José Manuel BLECUA (1981), *Francisco de Quevedo. Obra poética*, vol. IV, Madrid, Castalia, 239-344.

también aquellos de los que Quevedo ofrecía solamente traducción o glosa” (pp. 11-12). Así pues, el aliento de la edición es puramente filológico por cuanto, como los editores afirman, esta proporciona una visión del Quevedo erudito, de su tratamiento de los textos clásicos a su disposición y, asimismo, de la propia percepción que el escritor tenía de sí como humanista en acción (por ejemplo, en el modo en que trabaja sobre varias traducciones latinas, o como justifica a un autor como Anacreonte). Un segundo aspecto importante es el de las novedades que contiene la edición respecto a la edición crítica de Blecua (1981): una reconsideración del valor de los manuscritos (en particular, el de la Biblioteca Nazionale di Napoli, que contiene traducciones de Quevedo de algunos textos clásicos), la incorporación de otros dos y, junto con la localización de las ediciones utilizadas por Quevedo, la paginación enfrentada de los textos de Quevedo y el texto griego de Stephanus (las cincuenta y cinco odas editadas por este en 1554) junto con las traducciones latinas del propio Stephanus y de Andreas.

La edición está básicamente conformada por tres secciones: una “Introducción” (pp. 17-114), el texto del *Anacreón* anotado (pp. 115-428) y unos “Apéndices” (pp. 429-561), que contienen el apartado bibliográfico final y los índices. La “Introducción” comienza con sendas secciones sobre las *Anacreónticas* en la Antigüedad y su recepción en los siglos XVI y XVII (pp. 17-23), seguidas de un apartado (“Quevedo y su *Anacreón castellano*”, pp. 24-41) donde los editores se detienen en el lugar que ocupa esta obra (consistente en una versión parafrástica poética en castellano de las odas, acompañadas de comentarios a bastantes de ellas) en la producción quevedesca, así como en su estructura y características desde el punto de vista del tratamiento tanto del texto griego como de las traducciones latinas a disposición de Quevedo. Un apartado relevante es el titulado “El *Anacreón castellano*: estructura y características principales” (pp. 25-34), donde queda patente uno de los problemas centrales de la obra, la posible consideración de su carácter inmoral dada la tradicional fama de Anacreonte desde la misma Antigüedad (aunque aquí el *corpus* anacreóntico, como se sabe, es un conglomerado de textos de variada cronología y procedencia). Es importante señalar que los editores Gallego y Castro señalan que los comentarios quevedescos a sus paráfrasis (así como la Vida que del poeta griego escribe siguiendo a Gyraldus) tienen como objetivo un mejor conocimiento del autor, y los comentarios (que no cubren todas las odas y tienen, además de su componente filológico, elementos de apología en el terreno de la moral) no dejan de insistir en la posibilidad de combinar el mensaje cristiano con las formas y elementos del clasicismo pagano (pág. 35). Estos rasgos nos parecen capitales para situar correctamente el trabajo de Quevedo sobre un autor como Anacreonte en el contexto histórico en el que le tocó vivir (el *Anacreón* no sería editado hasta 1794, de la mano de Sancha): un período en el que se imponía “el temor a dar escándalo”, como escribió Luis Gil, y que induce a Quevedo a desligarse ciertamente de una aceptación sin reservas de algunos rasgos o atributos del poeta griego y a hacer

suyo (como colofón a esta obra) el verso de Marcial, *lasciva est nobis pagina, vita proba*.

Otra cuestión estudiada en la “Introducción” es la cuestión del helenismo de Quevedo (pp. 35-38), toda vez que sin duda el escritor partió del texto griego de Stephanus (1554) para su paráfrasis castellana. La cuestión que se plantea es el nivel de griego del madrileño y si, en definitiva, los comentarios del *Anacreón castellano* son verdadera erudición o tan sólo divulgación (cf. p. 36, n. 108). La opinión de los editores es la de que “Quevedo tenía conocimientos -medianos- de griego, por lo que el uso de traducciones intermedias en latín le ayudaba a entender mejor el texto” (pág. 38), añadiendo que el expediente de la paráfrasis, en lugar de la traducción directa, evitaba incurrir en errores. La cuestión no se dirime fácilmente porque una paráfrasis apunta *per se* tanto al texto de origen como a las elecciones estilísticas en la lengua de destino.

La tercera parte de la “Introducción” (pp. 42-94) contiene dos secciones, una dedicada a la historia del texto (“Redacción y transmisión del *Anacreón castellano*”, pp. 42-80) y otra a la revisión y valoración de las ediciones anteriores, desde la de Sancha a la crítica de Blecua (pp. 81-94). En la primera de ellas, tras una minuciosa descripción de los manuscritos, los editores plantean las relaciones mutuas entre los mismos, ofreciendo en nota las lecturas divergentes. Como novedad respecto a la edición de Blecua, son colacionados dos nuevos manuscritos: el Ms. 4.077 de la Biblioteca Nacional de España (llamado D, y el depositado en la Biblioteca de la Fundación Bartolomé March, Ms. 101/A/11 (llamado P), el primero de los cuales ya fue conocido por Blecua pero no incorporado a su colación (vid. pág. 97 y n. 446). Respecto a las relaciones que guardan los manuscritos entre sí (pág. 67), estas son difíciles de reducir a un *stemma*, dado que en muchas ocasiones los manuscritos presentan variantes del propio autor, o “variantes redaccionales” que virtualmente no tienen por qué ser atribuidas a Quevedo (que volvía continuamente sobre sus textos y tenía varias copias en las que trabajaba simultáneamente). Aquí es donde presenta, en este aspecto, otra de sus aportaciones esta edición, a la vista de lo que los editores consideran “la existencia de varias redacciones del texto” (pp. 69 ss., 77) dadas las modificaciones en las traducciones del Ms. napolitano (N) –mientras que Blecua lo consideró un manuscrito independiente del resto con una redacción temprana, Gallego y Castro plantean que “represente una redacción más tardía y que las traducciones que ofrece hubieran sido añadidas a un texto (el representado por la familia  $\alpha$ , a la que pertenece N), ajeno a las modificaciones de la familia  $\beta$ ” (pág. 75). Con este y otros criterios textuales, establecen las redacciones que denominan *a* (representada por los mss. E y T, probablemente anteriores a N), *b* (ms. A), *b'* (B, C, D), *c* (M), *d* (N) y *e* (P), que conforman dos familias,  $\alpha$  y  $\beta$  (consecutivas cronológicamente). Gallego y Castro parten, para la *constitutio textus*, de N (vid. pág. 98; Blecua se basó en A, el Ms. 17.529 de la Biblioteca Nacional de España), un manuscrito que presenta algunas traducciones de los textos clásicos, y presentando la obra en sus elementos

tal como se lee allí (Título, Advertencia, Vida, etc.). La historia del texto es compleja, pues se cruzan la evidencia de las varias redacciones (a veces de procedencia no clara) y la distinción puramente crítica entre familias del *stemma*, una cuestión que surge en este tipo de textos donde el autor trabaja simultáneamente en copias diferentes y en distintos momentos (precisamente, la redacción de N es considerada posterior a la de los otros representantes de  $\alpha$ , E y T). A pesar de esta complejidad, el aparato crítico no se sobrecarga con un exceso de información poco útil. El texto de Gallego y Castro es, en definitiva, un excelente punto de partida para cualquier abordaje posterior del *Anacreón castellano*, pero es preciso tener en cuenta que, tras esta edición, L. García Sánchez<sup>2</sup> aportó en 2019 noticia de dos nuevos manuscritos, de los que da detalles de uno sólo, el de la Biblioteca de la Hispanic Society de Nueva York, con signatura B 3540, del siglo XVIII.

En las páginas dedicadas a señalar los aspectos esenciales de su edición (pp. 95-114), Gallego y Castro señalan que su principal interés es presentar correctamente los textos clásicos, cristianos y humanísticos que aparecen en el *Anacreón* (por lo que debe destacarse la pulcritud lograda en la presentación de los textos griegos), así como localizar las ediciones y obras de referencia que Quevedo utilizó. Como la paráfrasis de Quevedo puede leerse con los textos de referencia enfrentados en la paginación (como a continuación detallaremos), la edición permite, al mismo tiempo, actualizar el proceso de creación quevedesco en este caso, su diálogo crítico con Stephanus y su relación con las traducciones latinas. Por tanto, este *Anacreón* supone un texto resultado de una nueva colación (con más testimonios) con un punto de partida diferente bajo un criterio justificado.

El último apartado de la “Introducción” (“Nuestra edición”, pp. 95-114) explicita la metodología crítica, la intención y justificación de la edición, y se detiene en los rasgos más sobresalientes de los textos vinculados al *Anacreón*: el texto griego de partida de Stephanus, las traducciones latinas de este (1560), de Andreas (1556) y de H. Lubinus (1556; para el criterio de elección de esta, *cf.* pág. 102, n. 465), y la francesa de R. Belleau (1556).

La siguiente sección del volumen presenta la edición del *Anacreón castellano* (pp. 115-428), conformada, de acuerdo con el Ms. N, por el Título, la Advertencia, la Vida de Anacreonte, los poemas liminares, la dedicatoria, las paráfrasis y los comentarios. Las paráfrasis se leen en las páginas pares (con ciertas actualizaciones ortográficas, *cf.* pp. 103-108), mientras que, enfrentados en las impares, se pueden leer el texto griego de Stephanus y las traducciones latinas del propio Stephanus y

---

<sup>2</sup> Lúa GARCÍA SÁNCHEZ (2019), “Revisión de las fuentes textuales del *Anacreón castellano* de Quevedo”, en Carlos MATA INDURÁIN y Sara Isabel SANTA AGUILAR (eds.), “Ars longa”. *Actas del VIII Congreso Internacional Jóvenes Investigadores Siglo de Oro (JISO 2018)*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 137-149. García Sánchez no conoce, por coincidir el año de la celebración del Congreso con la publicación de la edición de Gallego y Castro, la edición de 2018.

de Andreas. Como no podía ser menos, y en coherencia con el espíritu de la edición, los textos griegos son editados de manera pulcra y sin descuidos.

Finalmente, los “Apéndices” (pp. 429-561) contienen el aparato crítico (negativo), el texto de la traducción latina de Lubinus y la francesa de Belleau (utilizadas a menudo por Quevedo), un “Glosario de nombres propios” (sobre todo mitológicos y geográficos), la “Bibliografía” (con un importante apartado para los autores clásicos y sus ediciones entre los siglos XVI y XVIII) y un “Índice” de nombres propios. En el aparato crítico se han cancelado las variantes fonéticas, una decisión esta, a nuestro juicio, problemática, si bien los editores la justifican con el criterio de que “no aportaba[n] información de utilidad al texto, ni siquiera era información valiosa sobre cada manuscrito” (p. 109). Aunque la evidencia de que el mismo autor puede escribir en un mismo manuscrito variantes fonéticas de un mismo término, conviene repensar si estas variantes (conscientes o no) aportan información de la historia fonética y la transmisión de las palabras de ámbito mitológico y similares antes de su regularización definitiva (en todo caso, no dejan de ser un factor importante a la hora de relacionar las redacciones).

En definitiva, nos hallamos ante una deuda saldada de la filología con el Quevedo humanista, pues, como se ha visto, los nuevos manuscritos y, por consiguiente, su necesaria colación, debían dar como resultado un texto nuevo que atendiera, efectivamente, a las fuentes de este escritor para su paráfrasis poética de las *Anacreónticas*. Que sea editada con el texto griego de Stephanus más las traducciones latinas mencionadas hace de esta edición un instrumento de trabajo necesario para el conocimiento del *modus operandi* de Quevedo, su relación con los textos de partida y el manejo de las traducciones a su disposición; su pericia filológica y su erudición, en suma. A partir de aquí, y con un texto solvente, estamos en disposición de profundizar en esta faceta del escritor madrileño, mucho menos conocida que la puramente poética o novelística, y que quizá podría constituir un puente, a través de un escritor de referencia en nuestras letras, para acceder al legado humanista de nuestra literatura.